

La tauromaquia de Alfonso Pérez Romo

Juan Ángel José Pérez Talamantes

Durante el jueves 1 de diciembre y viernes 2 de diciembre de 2022, la Benemérita Universidad Autónoma de Aguascalientes organizó un homenaje póstumo al Doctor Alfonso Pérez Romo. El texto que sigue fue presentado en la mesa redonda “Hombre taurino”, que fue una de las actividades del segundo día. Al finalizar hay una coda, que no fue incluida en el original, pero ha sido agregada para los propósitos de este libro.

Lejos de la osadía de plantear algunas ideas sobre la teoría y práctica del toreo, me propongo compartir los gustos y detalles que más disfrutaba mi padre de esta fiesta. Sobre todo, por dos razones: en principio, porque tuve el privilegio de acompa-

ñarlos durante mucho tiempo a todo tipo de eventos taurinos, corridas, novilladas, tientas, festivales, visitas a ganaderías, juntas con empresarios y demás actividades relacionadas con la tauromaquia; en segundo lugar, porque en los últimos años compartimos una variedad de puntos de vista y conversaciones sobre lecturas que ambos hicimos de libros especializados en temas taurinos, filosóficos y culturales relacionados con el tema que nos ocupa.

Lo que pudo ver

Aunque mi abuelo era español, inmigrante por la guerra en Marruecos, la afición taurina no llegó por línea paterna, sino materna. Mi padre me contó en varias ocasiones que fue su tío, Pedro Romo de Vivar y Ruiz Esparza, primo hermano de su mamá, quien lo llevó por primera vez a los toros, cuando todavía era niño. El tío Pedro fue quien le indujo una afición que abrazó y amó, literalmente, hasta el último sábado de sus días.

En 1942, mi padre, entonces un joven de 18 años, estudiaba medicina en la Ciudad de México. Pese a la austeridad que implica la vida de estudiante, siempre tuvo oportunidad de ir al Toreo de la Condesa los días de corrida. “Todos los domingos se llenaba la plaza”, me decía. Al final de su vida, cuando nos juntábamos en mi casa a ver la temporada grande de la Plaza México, le entristecía darse cuenta de que había más cubeteros que público en los tendidos. Meses antes de su partida, tuve la fortuna de que llegara a mis manos un ejemplar del libro *Historia de la Plaza El Toreo, Época de Oro (1929-1946)* de Guillermo E. Padilla. Cuando se lo mostré, se puso a revisarlo detenidamente, página por página. Con nostalgia, fue revisando los reportes de cada tarde, a la vez que recordaba las ocasiones, de aquellos tiempos, en que tuvo oportunidad de asistir. Verlo sentado, en mi biblioteca, mien-

tras pasaba revista a sus años de juventud, es una hermosa imagen que permanecerá en mí por el resto de mis días.

El ya referido libro comprende un periodo donde se produjo “el boicot del miedo”. El temor cerval de Marcial Lalanda por el maestro Fermín Espinosa, gran figura en todo el orbe, a quien los españoles vieron como amenaza, generó la expulsión de los toreros mexicanos de la península ibérica. El Gobierno de México intentó hacer gestiones para mediar, pero Marcial Lalanda y la Sociedad de Matadores expulsaron a los toreros mexicanos como si fueran unos apestados. Juan Belmonte lo llamó “el boicot del miedo”. El 28 de junio de 1936 se embarcaron en la Coruña seis matadores de toros, 13 subalternos y 18 novilleros en el buque Cristóbal Colón que partió rumbo a Veracruz. No fue el primer veto: en los años 20, el sindicato de toreros españoles le había impedido a Rodolfo Gaona vestirse de luces. Tampoco fue el último. En 1947, ante los triunfos rotundos de Carlos Arruza, volvieron a vetar a los toreros mexicanos. En 1957 se rompió nuevamente el intercambio entre toreros mexicanos y españoles, en esta ocasión, para frenar el paso arrollador de Joselito Huerta.

Las consecuencias del boicot del miedo de los años 30 fueron desastrosas para los toreros españoles, pero, irónicamente, favorables para la tauromaquia mexicana. Poco tiempo después inició la Guerra Civil Española y los toreros peninsulares no pudieron venir a México, donde inició lo que ahora se conoce como la Edad de Oro del toreo mexicano. Sin el concurso de los españoles, México alcanzó su independencia y autonomía taurina. Mi padre fue testigo de todo ello.

El toro

Antes y después de la pandemia, le costaba trabajo entender los cambios en la ganadería brava en México. Nunca fue partidario del toro pastueño, de embestida dulce y bobalicona. Se

pasaba algunas tardes contando las veces en que un matador citaba con la muleta a un toro sin que pasara. Llegó a contar nueve o diez cites sin que la nobleza del burel obsequiara un pase. No fue partidario de la manipulación genética para que el toro bravo diera faenas de exhibición para el torero. Decía que, hoy día, las corridas son exhibiciones de los toreros que incluso llevan sus toros escogidos para regalar, en caso de que las cosas no les salgan bien.

Los toros deben ser bravos, entrañar peligro de forma tal que la Fiesta cobre sentido y la participación de los toreros sea una exposición auténtica de su valentía, con la intención de crear arte en la ofrenda de sus vidas, para que el público se conmueva al presenciar las adversidades de la vida y la naturaleza. Alejar el peligro, suprimir el riesgo, asegurar el triunfo y desterrar la fatalidad, al menos como algo latente, elimina el aspecto ritual del toreo y lo transforma en un espectáculo sin sentido profundo, en una petulancia y no en una ofrenda; algo que a pocos divierte y a nadie hace participar. Por eso las plazas están vacías.

Lo que le gustaba

Ante el predominio del toreo de muleta, es cada vez más extraño el toreo de capa, del cual disfrutaba mi padre. Conocía, puedo decir, todos los quites o, al menos, la mayoría de las suertes que ya viven sus estertores de extinción. La orticina, la tapatía, el quite de oro, los mandiles, las crinolinás, las serpentinás, el manguerazo, la revolera, las chicuelinas, la dulzura y profundidad de las verónicas, las tafalleras, las saltilleras, los quites del bú, la mariposa, las gaoneras, el quite por las afueras, el quite por tapatías; en fin, todas las suertes que solamente se ven en los libros, y ocasionalmente en los ruedos, fueron admiradas por mi padre, aunque quizás la caleserina era su predilecta. El ritmo y la cadencia impuestos por el Calesero

eran inigualables: la solemnidad, quietud y cadencia hacen de su quite y de su ejecución, por su creador, una magnífica obra de arte.

Los nombres que aparecían con frecuencia en sus conversaciones eran José Ortiz, Jesús Solórzano, el Calesero, Francisco Gorráez, Lorenzo Garza, el Soldado, Balderas, Silverio, Gregorio García, Luis Briones, Luis Procuna, Eduardo Solórzano, Carlos Arruza, Fermín Rivera, pero siempre tuvo una admiración y respeto muy especial por don Fermín Espinosa, a quien reconocía tanto por su condición de primera figura del mundo como ciudadano, por su sencillez, bonhomía y buen trato. Cultivó una amistad muy especial con don Alfonso Ramírez “el Calesero” y con don Rafael Rodríguez; el cariño y admiración que sintió por ellos se vio reflejado en sus libros *El aroma del toreo* y *El sentido profundo del toreo*, respectivamente.

Mi padre solía platicarme de las verónicas de Jesús Solórzano, del Soldado, obras de arte que fueron apreciadas no sólo en México, sino en todo el orbe taurino. De los toreros españoles, de Curro Puya, primer Gitanillo, admiró sus verónicas por su dramatismo y expresión; de Pepe Luis Vázquez, su elegancia y sencillez, la solemnidad de lo sencillo, la grandeza y elocuencia de lo simple. Admiraba el toreo de Juan Ortega, de quien decía que su toreo de capa era similar al del primer Gitanillo, incluso le llamaba “Gitanillo redivivo”. De Pablo Aguado, su memorable faena en Sevilla, le hizo recordar a su admirado Pepe Luis Vázquez; de Morante de la Puebla, su histrionismo y expresión le emocionaban, así como las corridas bravas de Victorino, de Victoriano del Río o de Fuente Ymbro. Todo esto le emocionaba.

El primer tercio, también casi por desaparecer, era una suerte que le gustaba, en donde un toro es colocado a distancia razonable, pero fijo hacia el caballo. Así se apreciaba su arrancada y empuje en la suerte de varas, en todo lo alto, aguantando; no como ahora que apenas señalan el puyazo al encuentro, sin fijeza porque le dejan el toro bajo el peto o el

toro se encuentra huyendo con el caballo. Las banderillas, desde don Fermín Espinosa y Carlos Arruza, hasta su época de empresario, cuando trajo a Víctor Mendes, a Nimeño II, al Soro, y se confeccionaban carteles con Manolo Arruza y César Pastor, fue una suerte que siempre llamó su atención. Hoy son un alarde, las más de las veces sin gracia y sin poesía; justo el caso contrario de don Fermín y Gallito.

Puedo decir que el toreo de muleta también le causó frecuentes exaltaciones, quizás no tantas como las anteriores, pero claro que disfrutaba. Pienso en Manolete, Silverio, don Rafael Rodríguez, Francisco “Paco” Camino, Manolo, Curro Rivera, Capea, Ponce, Fermín y Miguel Espinosa; todos toreros de arte y verdad, cuya honestidad y profesionalismo siguen ilustrando páginas de la historia del toreo moderno. De la suerte de matar siempre fue partidario de que se hiciera en corto, por derecho, ya fuera natural o en suerte contraria, pero sin salirse de la suerte, haciendo técnicamente el volapié de manera perfecta. Camino, Lomelín, Fermín y Miguel son algunos de los nombres de matadores a los que guardaba especial atención y respeto por su forma de matar a los toros.

Desde luego, Manolete fue para él la representación del cambio radical en el toreo, de hecho, lo reconocía como el eslabón fundamental del toreo moderno. Fuertemente criticado por su toreo lineal de muleta y su cite a pies juntos o de perfil, sin cargar la suerte; su quietud, solemnidad y profundidad produjeron un cambio esencial. Le gustaba decir que cuando era joven se inspiraba en la quietud de Manolete para torear. Decía que así empezó a disfrutar de su toreo propio, tanto en tientas como en festivales taurinos.

El sentido profundo del toreo

¿Qué era la Fiesta para mi papá? ¿Cómo la entendía? ¿Qué significado tenía para él? Son preguntas que trató de respon-

der y dejar constancia de ello en los libros que sobre temas taurinos escribió. Nunca pensó en la Fiesta como un espectáculo, ni como aficionado ni como empresario. El sentido sagrado del toreo y su simbología fueron temas que siempre le apasionaron. Ir a los toros era un ritual, no una visita social a la feria. Su observación era silenciosa y bastaba un intercambio de miradas entre él y yo para saber qué nos queríamos decir. Aficionado chipén, sin lujos, con sobriedad y señorío: la sencillez y el trato amable por doquiera lo distinguían. Esta actitud ceremoniosa ante la tauromaquia la sostenía incluso cuando conmigo veía las transmisiones, vía remota, de las corridas de toros. En esos días, mi padre llegaba temprano a mi casa para verlas y, en las tardes, por si no fuera suficiente, veíamos la repetición.

Aunque siempre fue un dominio de prudencia y de respeto, había detalles que le generaban cierta molestia. ¿Le molestaba el ambiente ferial? Sí, a veces. ¿Le molestaba el grito villamelón? Sólo las necesidades éticas de los feriantes. ¿Le molestaba el aficionado sabiondo que a todos quiere enseñar? Aunque los escuchaba con educación, no le agradaban. Su oposición a que los toros fueran considerados espectáculo, sin sentido ético o catártico entre público y torero, fue en todo momento una idea que guiaba su afición. Ir a los toros era la esperanza de un ritual nuevo, de encontrar una nueva forma de entender el riesgo, la muerte, la vida y el arte.

Ésta fue su manera de entender la Fiesta: el torero enfrenta las adversidades de la vida, sus límites y los peligros de la naturaleza en armonía con el público que admira el valor y la entereza del torero cuando expresa su sentir al enfrentarse a ello. El oficio litúrgico del matador, y hasta la elección de los colores en los ternos de torear, le representaban valores y formalismos rituales. En esto, recuerdo a Enrique Tierno Galván: “Tomada en su modo de ser más profundo, la esperanza, lo es por la fe; de manera que, perder la esperanza en algo supone desasirse de la

fe y, por ende, también del amor... Los toros, por el contrario, son riesgo y amor al riesgo". Mi padre, a su vez, dijo:

Si se diluye y atenúa la bravura, se pierde la razón de ser de su poder simbólico y muere con ello la razón de ser de la corrida como rito mágico-religioso, que es lo que le da solemnidad y trascendencia y lo que la defiende de caer simplemente en espectáculo negocio como tantos otros que hoy en día nacen y mueren en cruda competencia por deslumbrar y excitar a multitudes hipotecadas por lo electrónico.

Como vemos, fe, riesgo, amor, solemnidad, mito, son algunas de las palabras que unen a la gente taurina. Sin embargo, para mi padre, la tauromaquia fue un acto de esperanza, un acto de fe en la creatividad y el insondable valor del torero ante las adversidades y el peligro de la muerte. Nada más vulgar que confundir ese gran hacer con una representación que destierre todo peligro, que elimine todo misterio, que anticipe y asegure el triunfo como una presunción sin valor, sin sentido profundo, como él decía. Bien visto, ese sentido profundo no debería de perderse en ningún aspecto de la vida.

Conservaré siempre sus ideas y trataré de transmitir las a mis hijos, familiares y amigos, en defensa, no sólo de su memoria, sino de la esencia misma de la Fiesta, del sentido profundo del toreo y de lo que significó para él la tauromaquia.

Coda

De regreso a casa, acompañado por sus nietos y su hija, sufrió el primer accidente. El cuerpo del hombre que soportaba la estructura familiar dio consigo en el suelo. Se tropezó con unas piedras. Algún golpe, escoriaciones, hematomas. Todo sanó a los pocos días, restaurando su imagen y fortaleza como si nada

hubiera pasado. A los pocos años, hizo un viaje de estudios a España, con la intención de recorrer, con su alumnado, al menos parte del Camino de Santiago. En la escalinata de un monasterio en Estella, cayó. Los golpes fueron más severos, pero pronto pudo recuperarse, gozando del donaire de siempre. Cuando los días que le pertenecieron se acercaron a los 90 años, trabajando como un joven, caminando en los jardines de su querida universidad rumbo a algún auditorio, volvió a caer. Algún estudiante, quizá algún funcionario o maestro, le ayudó a reincorporarse y, como si eso no hubiera existido, siguió. Finalmente aceptó usar bastón. Fue un gran dolor para su alma aceptar la vejez de su cuerpo.

Nos acostumbramos al sonido de sus pasos, precedidos de un tercer acompañante que, con rítmica armonía, nos recordaba el inexorable e imperdonable paso del tiempo.

— Hay corrida en Madrid, te invito a verla en mi casa
—le dije.

Sus pasos, casi musicales, a tres tiempos, se presentaban en mi casa. Colocaba su bastón en un banco y se sentaba cómodamente a ver la corrida de toros.

— Me voy, hijo, tengo trabajo pendiente —decía cada domingo.

Aquí sigue su bastón en el mismo sitio en que lo dejó. Seguramente la armonía de sus pasos y de su vida descansan en otro camino. Ya no necesita de su ayuda. Yo sí.

